

PROSAS DE VIAJE

Curso del Ebro y tierras de Bureba

PASCUAL IZQUIERDO



Fotografías: Pascual Izquierdo
Dibujos: Santiago Izquierdo

L
a
v
a
r
q
u
e
l
a

SUPLEMENTO DE CUADERNOS DEL MATEMÁTICO N.º 13

Editado con la colaboración del Ateneo Cultural 1.º de Mayo de Getafe.

COORDINADOR ADJUNTO: MÁXIMO LOARCES FUENTES

A diferencia de otros años, en éste el contenido de la ruta habíase trazado incluyendo, además del ya clásico episodio de epopeya, un prólogo de fantasía inhabitual. Si en la edición pasada el punto de locura consistió en dormir una noche en el monasterio abandonado de San Pedro de Arlanza, en la presente estaba previsto que nuestra pasión por repoblar escenarios ya vacíos nos habría de llevar a Cortiguera, pueblo inexistente, lleno de zarzas y palacios, de hierbas y blasones, de solitaria fantasmalidad. El prólogo de fantasía adicional consistía en trazar un bucle de despedida metafórica desde las tierras situadas al norte de la provincia de Burgos hasta el límite del mar.

PRÓLOGO

Se había fijado el punto de encuentro en **Escalada**, población abarrotada de aguas, frondas y palacios. Allí confluyen las escalas del aire, que vienen de más atrás después de erosionar las rocas, el murmullo adolescente del Ebro y los árboles del soto. Desde la carretera general se divisan las casas grandes y encendidas, las piedras blasonadas y los balcones de madera de una Castilla ya casi norteña, llena de rumor en arboledas y de valles secretos, que apenas sabe nada del adobe horizontal, el surco rectilíneo y otras geometrías de labranza.



Pueblo de Escalada

Muy notable algaraza en el instante del encuentro: alabanza de cartografías, atuendos, manillares y máquinas. Mientras se preparaban los dispositivos de viaje, más de un ojo avizorado examinaba la portada románica de la iglesia y un gran palacio con dos torres: una habitada por el hombre y otra por la melancolía. Un breve recorrido por el pueblo nos descubrió las casonas enormes, las balconadas florecidas, nuevas torres altivas y una placilla íntima, a la que muy humildemente, sin pretensión alguna, se asoman edificios diciochescos y mansiones antiguas. Algo más abajo, junto a un puente mediocre, el río Ebro, ya enfebrecido, baja con bastante caudal a la búsqueda de mayores amplitudes de vega. Chopos blasonados y fachadas otoñales. Fulgor de sillería. Mucho árbol frutal y matrícula vasca.

La ascensión a los páramos comenzó bajo entusiasmo comedido. Un reclamo de endrinas, de grandísimo tamaño, se registró en el cuaderno de bitácora de aquella navegación imaginaria. Cierta licorcillo delicioso, apto para fondear en el vapor de sobremesa, adivinábase ya encerrado en un navío de cristal.

Primeros errores de la cartografía. Un ramal rectificado hízonos llegar al primer punto de parada: **Crespo**, pueblo pequeñísimo que casi no viene en mapas. Puede estar formado, como máximo, por ocho o diez grandes casonas, de piedra y balconada, integrando un retablo de completa soledad. Una fuente copiosa aporta la música del agua (para que el silencio se apoye en una caligrafía subterránea) y una iglesia románica, el equilibrio entre arte y desolación. Paz aldeana parece invadir cuadras, alcobas y tejados. Las casas, incólumes como un trozo de memoria, se mantienen erguidas, indiferentes ante el paso del tiempo, dedicándose tan sólo a vigilar aquel vasto territorio de signos solitarios: que no llegue una golondrina más de las previstas, que un gorrion de otras regiones no altere con su cántico la armonía habitual. En la iglesia, fechada en 1143 y firmada por un tal Arianus, capiteles insólitos pueblan el interior del templo: un hombre-águila, con alas desplegadas, y una serie de fantásticas torres superpuestas al igual que una babel de almenas infinitas, como si la fantasía no estuviera reñida con la soledad. Además y en imagen insólita, serpientes dominadas por un acceso de lujuria muerden senos de mujeres, suponemos que en metáfora iconográfica de posesión integral.

Podría deducirse de lo expuesto que, tanto aquí como en otros parajes solitarios, el artista románico daba rienda suelta a sus desvaríos creadores y dibujaba escenas audazmente enigmáticas o descarnadamente eróticas. Tal vez a estas espesuras le tocó llegar a un artista visionario, que trazaba torres en el aire y esculpía hombres que querían ser como las águilas. Antes de salir de la ermita, llamónos la atención la presencia de unas andas pequeñísimas, válidas tan sólo para

llevar sobre ellas, en procesión airosa, imágenes de juguete, santos liliputienses de reducidas dimensiones aunque de pesada santidad.

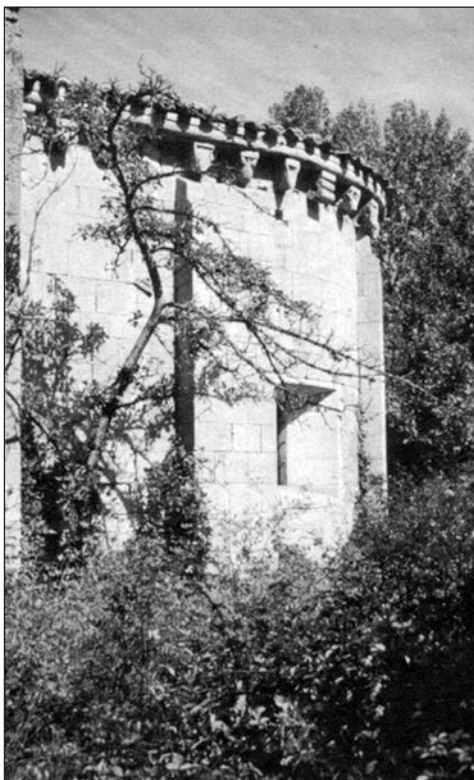
Salíamos de Crespo maldiciendo el tramo infernal de carretera que conduce al pueblo cuando, de los infiernos arcangélicos, apareció una dama. Larguísimo vestido se estrechaba a la altura del talle. Parecía seria, formal y recatada, mas un signo revelador pronto nos hizo descubrir su verdadera naturaleza apicarada. Llevaba bastante abiertos los balcones. Más tarde descubrimos que una audaz abertura inferior dejaba ver la piel en remolinos. Luz delicadísima iluminaba una ración muy generosa del nacimiento de los senos. Se conoce que aquellos parajes de tan grande soledad invitaban a tomarse ciertas libertades en materia de ensoñación: parecerse a las ninfas del renacimiento, aquéllas que, desenvueltas de ademán y ropa, bordaban en tapices escenas de amor cerca de la ribera de los ríos. El Ebro estaba próximo, pero no tanto como para que pudiera inducir aquella clase de vegetal concupiscencia. Sílfide de los bosques postmodernos fue llamada, mas pronto se cambió tal nombre por el de dama desabrochada. Fiándonos de sus presuntas generosidades, fue requebrada al punto, pero nos rechazó con aspereza. Lo temprano de la hora, lo inhóspito del bosque, la solicitud tan multitudinaria hicieron inútil el esfuerzo. La dejamos meciéndose en la caricia de las primeras brisas bautismales.

El paisaje desde lo alto de Crespo es sin duda impresionante. Una bajada pronunciada y súbita conduce a un valle casi secreto donde San Miguel de Cornezuelo es pueblo principal. Todas las localidades que nos fuimos encontrando a lo largo de aquel solitario recorrido son ciertamente deslumbrantes: grandes casas de piedra, blasones y espadañas, balcones y solanas. Caseríos bellísimos se mantienen intactos ante la intemperie y los aires que soplan de barbarie total. Singularmente bello es el ya citado **San Miguel de Cornezuelo**, poseedor de una iglesia románica que lucha feroz y abiertamente contra el imperio de la vegetación. El atrio del templo, que hace ya varios años debió ser aseado lugar de esperas y encuentros, y aun éxtasis de paz dominical, es hoy centro conspirativo de zarzas y malezas. Allí reinan unas hierbas tan altas e insaciables que casi llegan a tocar las figuras de piedra. Atónitos ante lo que sucede, varios rostros románicos que viven en los canecillos han ido mudando últimamente la expresión de su faz. No aciertan a entender cómo es posible que el arte esté siendo implacablemente devorado por la incomprensión. Hace falta un alfanje para abrirse paso en la maleza inextricable. En el interior del templo, un hongo poderoso, nacido en la pared de la sacristía, da fe de la magnitud del abandono. Hermosos capiteles narran historias de libertad y fantasía. Se repite el motivo de las torres superpuestas, aunque aparece un ángel guardián y campesino pastoreando dos filas de animales. En algunas imágenes, sirenas de doble cola se hallan apostadas a la espera de cumplir la antigua misión de avivar la lujuria de los hombres.

Siguiendo el curso del Ebro hasta llegar a **Incinillas**, huertos, casas y valles. En el lugar citado veíase ya restaurada una casa de piedra que mostraba huellas de humo en visita anterior. También habita aquí aquel rostro cubista y enigmático, adelantado en diez siglos a las mademoiselles de Avignon. Pertinaz e implacable, perdido en la geografía provinciana de este fin de siglo, mira también al vacío, con un rictus irónico, como si fuera una cabeza galgalesca de arlequín.

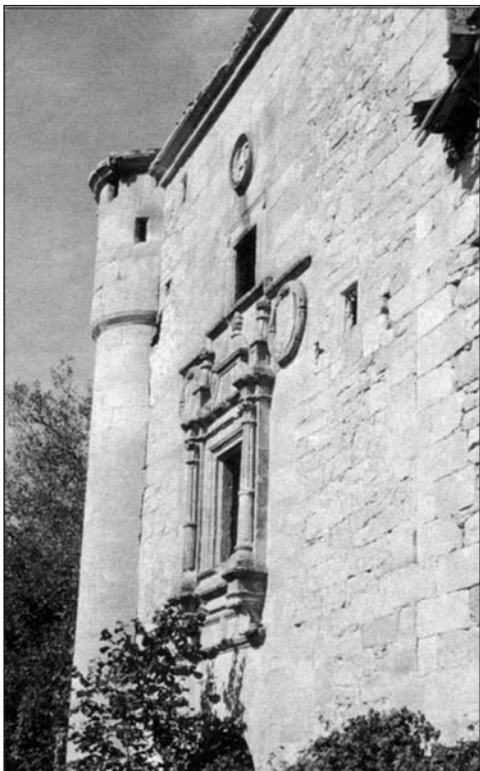
Entramos en **Villarcayo** no sin antes admirar el museo de escultura al aire libre situado junto a la estación. En esta villa móvil y ruidosa, que nos retrotrae en el recuerdo a la rememoración de un ágape fastuoso y a una factura desalmada, sólo compramos provisiones para un almuerzo ya tardío. Entre brindis y risas, gentil degustación en parque fronterizo.

Poco después de salir de Villarcayo se atisban airosos torreones, muy verticales todavía, que sin embargo ya están sucumbiendo al paso mortífero del tiempo: les invade la tris-



Ábside de la iglesia de S. Miguel de Cornezuelo

teza. Ha muerto una cultura gótica y cortesana que no puede convivir con el tráfico de los signos modernos. Por eso se hunden los palacios y su memoria histórica, y caen lentamente, con la belleza nostálgica de lo que desaparece, arcos mixtilíneos, blasones y espadañas, trompas de caza, clavicordios, catedrales y sueños.



Palacio de Torme

festijos estivales. Trajes de domingo y alegría en las calles. Cintas multicolores, música y banderas. Profundamente heridos por el fulgor de belleza abandonada, recorrimos en silencio la travesía principal y salimos del pueblo.

El acceso a **Espinosa de los Monteros** fue progresivamente veloz. En la entrada, acogiónos su castillo medieval y romántico, lleno de hiedras y leyendas, de piedras y pronombres, y también algunas villas principales, algo aparatosas, que se aprestan a vigilar la llegada del viajero. Por calle de sobrios balcones y piedras florecidas desembocamos en la plaza principal, aquella del gran blasón barroco, templo y soportales.

Hacíase muy necesario un almuerzo copioso, que tuvo lugar, tras excesiva espera, en una fonda hospitalaria, ya conocida en otras ocasiones por su sabiduría en el aderezo de alimentos. Comimos a placer, celebrando a cada paso la calidad de las viandas y echando una ojeada a las máquinas que esperaban recostadas en el ábside. No sólo el deleznable metal de las monturas era observado minuciosamente sino también el rostro fragilísimo de una mujer muy joven, que parecía no encajar en el ambiente. En la primera exploración, se quedó mirando con algún desafío, sosteniendo abiertamente la mirada y aceptando aquel juego de córneas. Llenos sus grandes ojos de temblores y enigmas, pareció sonreír ante la interrogación de la pupila. Un punto de dulzor inesperado inundó por completo los lugares donde dormita la incipiente. Nuevos requiebros visuales fueron premiados con otro atisbo de complicidades compartidas. ¿Era sólo sonrisa o una forma de invitación implícita? Nueva indagación acarició su seno, midió sus muslos apretados, rozó el esplendor de la geometría. Un pantalón de cuero reluciente apretaba penínsulas. Quisieron luego los ojos disculparse ante la grosera medición de la morfología y trataron de llegar hasta lo más recóndito del corazón, al lugar donde no pisan los bisontes la escarcha humedecida. Mientras tanto, ella seguía mirando y brillaba en sus ojos una mezcla de seducción y sonrisa. Cuando se levantó, gran revuelo de miradas malheridas quiso apresar la luz de las almenas últimas. Pero todo huía ya: la expectación y las pupilas. Bocinas de barcos anunciaban adioses mientras se despedía el frescor de la brisa. Quedó su silla solitaria y vacía, y en el corazón de los ojos galanes la herida de un amor incipiente, tan sólo imaginario, dulcemente imposible.

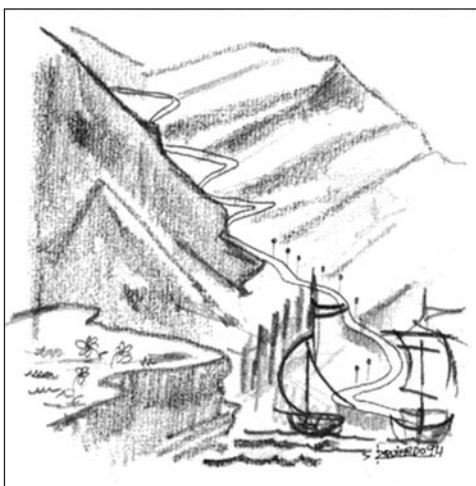
Hace ya varios años que techumbres y sueños se han caído totalmente en **Torme**, pueblo sin lazarillos. La maleza frondosa y la vegetación salvaje son los únicos guías, bien que laberínticos, de un palacio arruinado y casi femenino. Un atrio lleno de zarzales custodia paredes desoladas y cielos infinitos. Ortigas espesísimas impiden acercarse a la fachada principal, que aún cobija varias ventanas góticas, delicadas y etéreas. Casi al final de la arquitectura, un balcón plateresco, floreado en formas y columnas, se esfuerza inútilmente en conservar al menos la huella del olvido. Por aquella filigrana se asomaría un día un rostro de doncella que nacía al amor. Súbita zozobra del aliento en los cristales. Pasión primeriza que tal vez suspiraba por la penumbra del crepúsculo para ir en busca de los primeros besos. Extasis tembloroso del deseo. Hasta que en este siglo nuestro de bellezas nostálgicas y escenarios pretéritos se constata que se han apagado los incendios. Donde ardía el amor hoy sólo duerme la ceniza del tiempo.

En Torme, los vecinos, acostumbrados al espectáculo de la desolación, celebraban

Aquel almuerzo fue celebrado hasta el delirio en el recorrido, algo anárquico y confuso, que por la villa hicimos. Pero los balcones de antaño ya no parecían suficientemente florecidos, la cárcel gótica ya no era sórdida y feroz, y aquel renacimiento del sol en la ventana plateresca de un palacio escondido se eclipsó de modo misterioso, a pesar de subirnos a una alta tapia de piedra para atisbar la caricia de los rayos sobre la filigrana.

Salimos de Espinosa con una espina clavada en lo más hondo de la melancolía por una montera algo enigmática. Prometía, en su audacia de gestos, el tránsito hacia otros mundos apartados de lo rutinario. De su sonrisa abierta se desprendía una pregunta que, casi siempre en la madurez, es preciso formularse algún día. ¿Cómo será esa ruta que unos pocos transitan? ¿Qué dulzor y locura, qué punto de embriaguez total aguarda a los que osan atreverse? La tentación, esa sierpe siempre sinuosa, estaba allí, en forma de geometría senoidal, labio entreabierto, rosa encendida, pétalo lleno de deseo. Pero la mariposa, llevándose en sus alas la belleza del tiempo, fue a posarse a otra vidriera, acaso no tan sensitiva. Sólo quedó en la tarde ese polvillo casi imperceptible de lo efímero.

Poco a poco, con mucha carga de memoria retrospectiva e imágenes no borradas de lo que pudo ser incendio, nos fuimos acercando a la base del **Portillo de Lunada**. Señales de carretera mostraban la distancia del esfuerzo. Foto conmemorativa. En la primera parte del ascenso menudeaban comentarios acerca del paisaje: campos de hierba, tapias de piedra, casas esparcidas, techos de pizarra; mas, a medida que crecía la pendiente y se iban sumando los kilómetros, decaía la plática. Hasta que, superada la mitad de la ascensión, sólo quedó la sintaxis del esfuerzo, además de una leve protesta y resoplido ante lo que parecía interminable. Crecía la sensación de frío a medida que íbamos subiendo. Ya al final, cuando apenas faltaba un par de kilómetros, se desató el afán competitivo. En la cumbre del portillo se había instalado el frescor de la altitud y la arrogancia de la cúspide, pero un pastor, quieto y distante, nos miraba desde lo alto de los montes con gran benevolencia ante los aspavientos.



Portillo de Lunada

Gozabase en lo alto de una prolongada perspectiva integradora del arte y la geometría. Ciertos rayos de sol, muy oportunos, iluminaron la belleza triunfal del escenario. De pronto, estalló el esplendor en los trapecios: verdes intensos, algo de niebla en los relieves, luces doradas de retablo. Desde la cúspide, bien podía decirse que el abismo no es otra cosa sino policromía. Como si hubieran sido convocados todos los veleros, la caricia del sol nos descubrió también ciertos velámenes de color incipiente. Navíos a deshora, barcos aléticos.

Al final de la carretera, bajo un océano de niebla, veíase el mar. Un mar de perfiles ignotos, lleno de cuerpos álgidos, de siluetas y signos. Bajelos se acercaban blandiendo las banderas. La belleza era confusa, pero la lengua del asfalto, plateada por una luz extraña, acogía las insinuaciones. Hubo un instante en que estaban concentrados todos los veleros en lo más alto de la cumbre. Tantas velas, que habían absorbido la sustancia del tiempo. Un tiempo pétreo y desnudo, abiertamente mineral, que había olvidado sus latidos. Pero luego llegó el soplo múltiple del viento, que comenzó a dispersar los navíos oníricos. Hacia el norte se fueron ciertos bajelos ostentosos de apariencia, ondulados y efímeros, los cuales se mecían al compás de una música inaudible. Llenos de nostalgia misteriosa y etérea, hacia el sur se encaminaron varios bajelos malheridos. Eran barcos de tierra adentro, y llevaban en sus cuadernos de navegación la huella de unos surcos que alguien trazó sobre el recuerdo de un mar muy antiguo. Volvían a sus puertos aquellos melancólicos navíos surcando un vasto oleaje de campos de labranza y chopos encendidos.

Poco a poco la brisa, la densidad del aire reaparecido, fue despejándolo todo. Quedó libre el camino de naufragios presentes y pasados, de alfabetos antiguos.

Antes de bajar, cuando estábamos reunidos en lo alto, topábamos con gentes suspiradoras que en aquel momento acababan de culminar, desde Cantabria, la durísima ascensión y maldecían

de lo infinito de aquellos treinta y dos kilómetros de interminable sufrimiento. Mas, bajo las imprecaciones, se apreciaba una íntima satisfacción por la odisea.

El descenso fue rápido, peligroso e incómodo. Quedábanse las manos ateridas por el frío y suspendido el ánimo ante la belleza de luces y velámenes, de celajes finísimos. La sierpe descendía veloz hacia el corazón verde y fulgórico de una Cantabria adormecida. En aquella carretera hormaechica la precaución era obligatoria, pues un exceso de complacencia en el paisaje conducía al abismo.

En **San Roque de Riomiera** nos detuvimos en una tienda múltiple: artículos de ferretería, servicio de taberna, despacho de ultramarinos. Un enjambre de avispas entró algo después, apenas habíamos pedido algunas frugalidades. Las avispas, como las golondrinas, pronto comenzaron su revoloteo. Eran casi una docena, jóvenes, vistosas, alocadas. Sílabas y júbilo. Alegría insustancial sobre los pentagramas. Todo era aleteo de voz, leve bullir del gesto, sonrisa rumorosa, mirada algo procaz, suavidad en estrépitos. Cuando salíamos nos llegó una última oleada de frases en voz baja y risas de alborozo. El oleaje de vencejos se fue diluyendo poco a poco entre la espesura de la tarde y la colección de objetos inservibles del establecimiento: zuecos, azadas, fiambreras de plástico, embudos de hojalata y rollos de alambre para cercar los sueños.

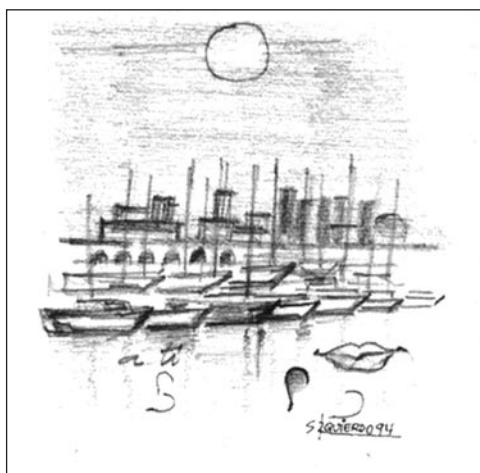
La carretera, en su descenso, casi lleva de la mano hasta la **Cruz de Rubalcaba**. Hay fotografías que la muestran entre caminos de tierra y vegetación. Hoy se la ve solemne, apologetica, barroca y blasonada, mientras el Cristo minúsculo del Calvario contempla con ojos asombrados la evolución de los tiempos y la conversión de la tierra en asfalto.

Estaba dispuesto en los cuadernos que, tras las abluciones preceptivas y los cambios de vestuario, tuviera lugar la cena en el barrio pesquero. Fue un ágape marítimo y muy desmesurado. Era aquel un escenario lleno de camareros líquidos y de mares abstractos, aunque el olor de lo salado llegaba de manera precisa. En los alrededores, gacelas apretadas espían el movimiento de los viandantes. Vimos dos ejemplares de felino introduciéndose en magnífico automóvil. Toros sublimes refulgieron bajo el resplandor de las farolas. Tras ajustar el precio, una ninfa de acera desabrochó su seno. Otra ninfa, prosera y zascandil, ondulaba su sombra al compás de un extraño oleaje de silencios.

Pero no estaban en aquellos parajes los escenarios deseados. Ibamos a la búsqueda de santuarios nocturnos, tanto los frecuentados por jóvenes como por siluetas ya maduras. Ambos se encontraban al aire libre, entre determinadas manzanas de la geografía urbana. Un ejército de ninfulas primerizas nos condujo al primero. Multitudes estáticas junto al zaguán de los bares nocturnos. Gran tráfico de posturas y cuerpos. Apoteosis de todo lo epidérmico. Había perfiles explosivos, líneas hermosas hasta el vértigo, siluetas que remarcaban clamorosamente sus contornos. Amplísimos escotes se desplegaban como grandes balcones para poder asomarse. Pero todo era superficial, idéntico, mecánico. Muchas puertas vomitaban músicas frenéticas mientras una espesa muchedumbre se hacinaba alrededor de los estruendos. En lo que se adivinaba como falta de equilibrio cósmico, casi todos, para no caerse, se agarraban a un vaso. Algunos se besaban con desgana, como parte de una efímera liturgia de gestos. Un varón tenía atrapado el fémur de una hembra y lo exhibía como lánguido trofeo. Poses impersonales, ademanes superfluos. No se oían palabras ni susurros. No se sentía palpitar el corazón. Cualquier frase de amor era aplastada por la violencia del estrépito.

Muy lejos del bullicio superficial y programado, a la orilla del agua, se movían los barcos. Era un baile de siluetas, una oscilación de pájaros. Allí sí sonaban susurros en la noche. Una ráfaga de voz, enronquecida y cálida, llegó hasta nosotros. Restallido de látigo. Lejos del estruendo, junto al balanceo de las barcas, una pareja de amantes compartía trozos de luna entre los labios.

El segundo escenario estaba poblado de seres ya maduros. Hembras famélicas de amor iban recorriendo la espesura a la búsqueda de una promesa o una cita. Varones asentados lucían sus calvas historiadas o sus pieles bronceínas. Bullía bajo las palabras un discurso subterráneo. Tráfico denso de mira-



Balanceo de las barcas

das exploraba los suburbios del deseo: aquí estallaba un relámpago de audacia, allí una mueca de desprecio. Gacelas muy sutiles mostraban las espaldas desnudas como mapas. Luego, ya en las últimas penínsulas, líneas de lencería remarcaban las fronteras del reino por donde podían perderse los antílopes y piafar garañones súbitamente embravecidos. Algunas se movían con tal equilibrio de formas y volúmenes que parecían catedrales navegando. Todo era suave rumor, murmullo, eco. Pero entre la fronda de las voces no se oía palpar el corazón. Se abría paso entre los bosques sólo la llamarada del deseo.

En el límite del mar, muy lejos del fragor de las faringes, se movían los barcos. Era un balanceo mínimo, como ala de pájaro. Muy cerca se escuchaban palabras en voz baja, sílabas de lumbre. Una voz enronquecida susurraba sólo monosílabos. La luna se deshacía al ser compartida por los labios.

PRIMER DÍA

Terminados los prólogos de fantasía adicional, procedía, desde el límite del mar, dar comienzo a la ruta propiamente dicha. Un autobús de línea nos condujo desde Santander hasta Cabañas. Sol de mañana, tibio y comedido, iluminó preparativos. El **embalse del Ebro** mostraba su lámina azulada de segundo mar. Una raya imaginaria, que sólo aves conocen y surcos sumergidos, divide el agua en dos provincias: una mira a las olas y otra hacia los páramos.

Se inició el itinerario siguiendo los contornos del agua clausurada. Pueblos pequeñísimos. Grandes casas de piedra. Llanuras grises o azuladas. Había fiestas en **San Vicente de Villamezán**. Música de tamboril y dulzaina. El pueblo endomingado se concentró junto a la iglesia. Desde la altura de la torre, los tejados dormían bajo el sol. Danzas y bailes en el atrio. La memoria de las piedras asistía impasible al frenesí ritual de los arcaicos ritmos populares.

Nuevos pueblos apenas existentes. Casas con balconada de madera. El interés estaba concentrado sólo en aquel mar pequeñísimo e inmóvil, siempre horizontal. Llevados de la rememoración nocturna, íbamos escrutando la superficie de las aguas por si aparecían sílfides u ondinas, sierpes todas ellas desatadoras del deseo. Buscábamos unos ojos verdes, claramente becquerianos, con pupilas fosfóricas y signos visionarios. Nada aparecía: ni resplandor de córneas, ni atisbo de cuerpos.

Estábamos debatiendo acerca de lo enigmático que puede llegar a ser el cuerpo femenino, lleno siempre de veleidad y curva, de álgebra rotunda y de misterio, cuando apareció sobre las aguas no la silueta esplendorosa de una ninfa desnuda ni el perfil deleitoso de una diosa de luz y deseo, sino la torre erguida, solitaria y prismática, de una iglesia. Como si fuera el último resto de un naufragio estético, emergía entre las aguas con esbeltez total. Torre gótica de iglesia. Desnudez de ventanas. En la memoria líquida del río dormían las vidrieras. Agua con reflejos de policromía. Aquí se han parado fotógrafos y amantes del vestigio solitario. Aquí vierte su llanto, ya sin raíces, quien nació en este valle hoy anegado.

La torre, intacta sobre el límite del agua, pararrayos lunar, convoca soledades y delirios. A lo largo de los años ha ido poco a poco estableciendo noviazgo con el viento: atrae remolinos, caricias a deshora, asambleas de cierzo. Pero su único y verdadero romance es el de la soledad: tantos años ya sintiéndose vértice del mar y las tormentas que sólo acierta a mirar hacia sí misma, hacia el interior de su memoria: eco de rezos y de salmos, ya líquidos y antiguos. De ellos vive y se alimenta: de escuchar sus recuerdos de cuando era iglesia y allí habitaba la liturgia y el incienso. Muchas veces la luna, con su fulgor de labios plateados, participa en los diálogos. Bajo su sacerdocio, la torre, vertical y solitaria, parece que se reanima y rememora plegarias de un tiempo desaparecido.

Además de la iglesia, ¿qué va encontrando el Ebro en la memoria mineral de este pantano? ¿Cuántos trajes de novia, cuántos almendros florecidos ha visto su corriente? ¿Cuántas leyendas y flores quedaron arrastradas a lo largo del cauce? Un silencio densísimo, escritura de nieve, responde: en el fondo del légamo duermen los guarismos.



Torre emergiendo del agua

Desde la presa, el Ebro desciende en vertical, casi como plomada, a lo largo de una treintena de kilómetros. Es el crecimiento adolescente de un río que se va sintiendo vigoroso y crea un caudal de memoria incipiente. Un grupo de muchachos, rafteadores y raperos a juzgar por apariencias, se afanaba, allá por el término de **La Aguilera**, en preparar una lancha neumática. Algo más abajo, parejas de activistas prosódicos se exponían al sol. Hasta que, entre el clamor de la vegetación ribereña y la intransitabilidad de la carretera, llegamos a la desviación de **Montesclaros**.

Un áspero repecho de casi dos kilómetros de longitud, atenuado en sus primeros metros por el frescor de la espesura, conduce hacia la claridad. Sobria, solitaria y rectilínea es la arquitectura enclavada en lo alto. No se ve el cauce del Ebro, pero en aquel púlpito desnudo se escucha el rumor de sus aguas y el aullido de lobos cuando, en invierno, se acercan a los muros conventuales a devorar algo que no sea soledad. Diáfano y escéptico, el monasterio mira a otras cumbres próximas para acordar un código de signos: es preciso aprender a descifrar lenguaje de campanas o saber si el aire en sus ráfagas previene de la nieve, el hielo o la fatalidad.

En estas soledades, el discurso monástico se alimenta sólo de vida interior. Algo de artistas, iluminados o locos tiene sin duda el puñado de monjes que puebla la claridad descarnada de la altura, además de fe ya depurada o nítida, o de total escepticismo. Mientras un enjambre de abejas custodia las paredes del templo, gran caudal de agua apacienta la sed de los rebaños esforzados que suben hasta aquí. La hospedería es sitio fresco, amable y acogedor y, para viajeros hambrientos, lugar de delicia inacabable. Comimos bien, y aun con regalo, gracias a la bondad monástica de cocinera y camareras, que nunca se habían visto agasajadas con tales extremos de elogio y reconocimiento. Un monje de hábito rumoroso y voz aérea, raída por la falta de dientes, pasó entre las mesas pulsando la opinión de comensales. Luego, en posterior visita, descubrimos que es buscador de la belleza etérea que se encierra en las alas de una mariposa. Esta revelación constata algo ya sabido. Hay una legión de espíritus que, cada uno a su manera, vaga por los mundos a la búsqueda de la belleza total: la que se esconde en un incendio, detrás de un adjetivo, en lanza, pentagrama o figura de retablo, en pupila enamorada o en alas de mariposa fugaz.



Cortiguera

Mientras por pasillos iba el monje como ráfaga de aire, el zumbido de abejas, los rezos del agua y el vapor de la gastronomía invitaban al descanso. No había ninfas en aquellos parajes tan altos, pero sí estruendos de pólvora que, cada cierto tiempo, impedían conciliar el sueño. La visita al monasterio consistió en explorar el frescor y la penumbra. En la cripta se muestran sarcófagos visigóticos y también de otros siglos. Todos lucen decoración de letra y símbolo. Al final de las escaleras, en una esquina mínima, la imagen de una Virgen semiabandonada recoge monedas, oraciones y olvido.

El pueblo de **Los Carabeos** nos descubrió la belleza recóndita de las ventanas góticas. Leve esbozo de delicadeza femenina en arco conopial. Bolas de granito en comisura de alféizar. Grandes dovelas en la portada de la iglesia.

A lo largo del Ebro, la vegetación es abundante. Un punto de frescura se extiende por la vega. Nacen árboles frondosos y la lámina del agua va trazando con su lengua de estaño un cauce de caminos minúsculos y umbríos. A veces, chopos como lanzas forman escuadrones. De tiempo en tiempo, un conjunto de casas derruidas interrumpe la línea de espesura. Vanamente los tejados quieren asomarse al agua fugitiva, mas puede más en ellos la inclemencia que su propio deseo. El Ebro adolescente remansa en ciertos tramos su corriente y se hunde en reflexión profunda. Es el peso de lo que acarrear sus aguas, que ya empieza a sentirse: pueblos abandonados, leyendas subterráneas, tejados que han caído, corazones que dejaron atrás muchos siglos de olvido.



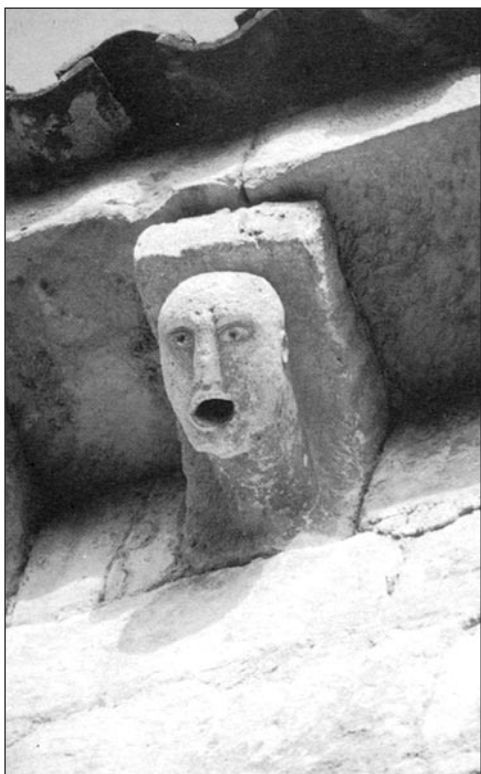
Ventana



Paramos en **Polientes** para hacer acopio de agua y provisiones. En la gran plaza del pueblo recreábase una dama en el albur de los lentos contoneos. Era como si una brújula anhelante marcara las oscilaciones. Invasión ya por el crepúsculo, movía sus caderas otoñales con suave balanceo. Escándalo en la tarde. Se removían péndulos antiguos. Era consciente aquella dama de luz y terciopelo de que seguían con gran curiosidad sus pasos de gacela madura varios pares de ojos, apostados en la vereda por donde pasan los felinos. El reloj de Polientes marcó cinco campanadas. Y la dama otoñal, audaz en los andares, seguía caminando como los torbellinos. Fue una mirada larguísima e intensa, escrutación imaginaria de mapamundis secretos. Dejamos ir a la gacela envuelta en su propia madurez y contoneos, centrando más tarde la atención en las piedras ilustres. Palacios abarrotados de soledad y estiércol. El reloj de la casa consistorial se atrevió nuevamente a medir distancias en el tiempo. Campanadas de piedra, como grandes sinagmas, fueron poco a poco cayendo.

En **Cadalso**, antes de llegar a San Martín de Elines, hay una iglesia rupestre. Todo es allí sumamente pequeño: el espacio, la resonancia del rezo, la fe y hasta la huella del incienso. También deben serlo los pecados que se absuelven, a juzgar por el tamaño de un confesionario casi de juguete en el que parece casi imposible que pueda entrar un sacerdote.

La presencia del Ebro, río mozo y bravío, ensimismado a veces y soñador en los remansos, debió inspirar a los canteros románicos que labraron las piedras de **San Martín de Elines**. Fuerza e introspección se advierten en el gran retablo de figuras que, desde los canchales, mira impávido el paso de los siglos. Rostros de personas, cabezas de animales, fantasía vegetal de las palpitaciones. Con boca completamente abierta y ojos deshauciados, un loco grita desde una metopa su radical incompreensión de los entornos. A la entrada del templo, un claustro íntimo es lugar perfecto para deambulaciones. Además de la historia, varios sepulcros góticos se afanan por atrapar la luz en sus arquillos.



Metopa de S. Martín de Elines

A partir de San Martín de Elines el río Ebro va sembrando inspiración en sus márgenes. Es la belleza mineral de las rocas largamente acariciadas por el agua y el viento. Por las inmediaciones de **Orbaneja**, el espectáculo visual llega a su cima. La erosión ha dibujado rostros, siluetas, almenas, cuerpos y todo lo que puede idear la fantasía. El Ebro, por estas latitudes, atraviesa un período de crisis adolescente y se abre paso en zig-zag, a golpe de caudal, entre los montes. La carretera va tan pegada al agua que casi forma un río paralelo. En algunos tramos, árboles espesísimos trazan con sus ramas bóvedas de sombra.

Entre tanta belleza, la tarde declinaba. Lentamente la luz se iba refugiando en lo más alto. Comenzaban las sombras a emborronar perfiles y siluetas. Apenas quedaba tiempo para llegar a Cortiguera y explorar mínimamente el pueblo. La cena no era motivo de preocupación, pues estaba apalabrada con un mesonero de Pesquera. En Escalada cambiamos el medio de locomoción para dirigirnos con la máxima urgencia a Cortiguera.

Desde los páramos se veía la silueta del río reptando entre los farallones. Paredes verticales de piedra definían un abismo completo. Un ejército de rocas labradas por el tiempo escoltaba las leyendas del agua. En la margen derecha, justo en mitad de un monte, luz algo dudosa definía un conjunto de piedras. Aquello parecía el punto de destino, aunque daba la impresión, desde la distancia, de ser lugar no abandonado. Se veían paredes erguidas, una torre de iglesia, manchas de tejado y un trasfondo de vegetación lejana.

Con dificultades subimos por carril infame hasta la mitad de la falda montañosa. No parecía que el sendero fuera hollado de manera habitual por el pie humano. Cuando llegamos al final de un camino que parecía conducir a lugar próximo al averno, ladridos furiosísimos atajaron al

punto el intento de acercamiento a las primeras casas. Agueridos mastines impedían el paso con voz escandalosa. Luz de crepúsculo, unida a cierta sensación de soledad total, introducía un punto de zozobra y algo de inquietud. ¿Qué hacíamos allí un grupo de intrépidos viajeros, buscadores de lo desconocido, cuando ya estaba a punto de acabarse el día y unos perros inhóspitos desgarraban el aire a dentelladas?

Voces procedentes de algún lugar humano templaron los ladridos. Entramos con cierta prevención en aquel espacio desolado. Líquenes y zarzas, ortigas y hierbajos, vegetación alta y espesa invadían un pueblo que parecía haber sido próspero en siglos pasados. Blasones nobiliarios miraban con mucha gallardía la luz de aquel crepúsculo que, lenta y delicada, se escondía ritualmente por la otra margen del río. Escudos con arma episcopal soportaban en silencio la soledad. Una luna todavía incipiente iba ya navegando por la orilla del agua. Fulgor líquido de plata sobre escenario muerto.

Guiados por la luz mortecina, completamos los detalles escenográficos. Zarzas y espesura invadían las calles. Maleza impenetrable se había apoderado de aposentos. Los muros de la iglesia románica se levantaban enhiestos. En su interior, sólo restos de estiércol y paredes desnudas. Habían sido arrancados los retablos. No quedaban imágenes ni hornacinas. Varias piedras del ara yacían sobre el suelo. Losas sepulcrales dejaban ver la tierra violada, húmeda y vacía. Vegetación desahogada invadía el ámbito sagrado. Por la ventana de la sacristía, ramas pujantes habían tomado posesión de los cajones. Bajo el coro, una gran masa de paja mostraba en su regazo signos inequívocos de tecnología y civilización: trozos de vidrio, chasis de televisor, cajas de cartón.

La luna, en aquellos momentos, iniciaba presbiterio. Lenta, lejana, algo mordaz, miraba desde la distancia y el misterio.

No sin esfuerzo, recorrimos calles cegadas por la vegetación anárquica. Pudimos llegar a un lugar donde se asientan las ruinas de un espléndido palacio. Bajo la tibia luz crepuscular, una belleza insólita lucía en el blasón. Soberbios muros de piedra. Grandes ventanas y salones. Claridad repleta de zozobra delimitaba los contornos y dejaba ver, semiescondida, una escalera de piedra con adornos platerescos. Pequeñísima oración de agua aleteaba entre la soledad. No había pájaros. No se oían ruidos. Sólo la caricia de la luna, que se insinuaba enigmática.

Una vez explorada la vegetación y las piedras, hízose preciso buscar lugar de alojamiento. Nada mejor que un palacio. Recorrimos los edificios episcopales y elegimos uno con gran puerta de madera y fachada que miraba al crepúsculo y al río. Era un palacio lleno de blasones. En su interior reinaba lo desvencijado y sórdido, como si hubiera sido poblado por inquilinos que buscaban otras experiencias, además de la soledad. Un anaquel repleto de botellas vacías, somieres semirrotos, restos de revistas y periódicos, además de un tufo indescriptible, confirmaba la primera impresión. En los espacios exteriores, sólo la luna aportaba ya algo de claridad.

Tal como estaba previsto, celebróse la cena en un mesón de Pesquera. Más que mesón, era un espacio múltiple y abierto, que servía de bar y tienda de ultramarinos. Una espléndida mesa de madera acogió a los cinco peregrinos. Mientras el mesonero prosódico hilvanaba retahílas sobre un tiempo pasado y casi siempre mejor, su hija, con la ficción argumental de seguir muy de cerca los pasos de un vástago montaraz que por allí bullía, salía y entraba, entraba y salía, salía y volvía a entrar, entraba y tornaba a salir. Era una zagala medianamente alta y esbelta, equilibrada en volúmenes y formas, con un punto de máxima atracción en rostro y nalgas. Ante la expectación de los cinco comensales, más atentos al tráfico de músculos dorsales que a la prosa retrospectiva del recto mesonero, la dama se movía en el estrecho habitáculo tabernario con la torpeza de un cisne primerizo en los avatares de la seducción, pero con la gracilidad innata de saberse sujeto de deseo. Púsose fin a la cena con unos trozos de queso y unas peras ajadas de un árbol añoso que se asomaba al Ebro.

Ya en Cortiguera, después de orientarnos en la espesura impenetrable por medio de faros pusilánimes, otra vez ladridos sonando en medianoche. Conmovióse la luz en los estrépitos. Una voz habitada puso fin al imperio de los perros. Bajo el sacerdocio de la luna, pudimos recorrer los senderos aquellos de la desolación y la fronda hasta acceder al palacio episcopal. Nuevo recorrido por caminos lunares a la búsqueda de arquitectura. Otra vez divisamos largos muros de piedra, paredes aún en pie, alguna techumbre abandonada que fue capaz de resistir muchos inviernos. Contigua a la nuestra, allí estaba la casa que fue propiedad del mesonero. Exhibía una fachada larga y blasonada. Algo más allá, junto al silabeo imperceptible de la fuente, se levantaba entre la palidez el mágico palacio abandonado. Sobresalían los volúmenes como cuerpos de guerreros envueltos en la luz de la niebla. Algo borrosa, se veía la faz de los blasones y un destello de plata en la escalera adormecida. Aún no había luna llena, pero todos estábamos

sobrecogidos ante la fantasmagoría. Poco faltaba para que el astro del lugar pudiera ya asomarse, con armoniosa plenitud, a todos los balcones.

Entre algunas bromas y alusiones a una comodidad insospechada, fuimos preparando los camastros con lo poco que, a la luz de una linterna quebradiza y un artilugio manual-mecánico, habíamos podido encontrar en los sótanos. Todo olía a hediondez. Pero la altura estética de aquella insólita experiencia justificaba la precariedad.

Aderezados ya los aposentos, muy pronto comenzaron los conciertos. Ya fuera por la incomodidad del lecho o porque había cinco respiraciones encerradas en un habitáculo de mediano tamaño, el caso es que se hacía imposible dormir. Un concierto en sí bemol, bastante sostenido, adornado con profusión barítónica de voces y coros, vino a distraer la tensión de la espera. Unos eran sonidos programados, sujetos a cadencia, mientras que los que procedían de la banda izquierda albergaban zozobra, arritmia y sobresalto. Entre el fragor de los ronquidos y la inquietud lunar, no fue posible conciliar el sueño. Hízose necesario descender de las habitaciones invadidas por el reflejo de la luna y recorrer otra vez el ámbito de aquel pueblo meteórico, secreto y casi oculto para casi todos los mortales, menos para la curiosidad de algún astro nocturno y de algunos espíritus que sienten de modo muy directo su influencia vital.

La luna, lenta y presbítera, lo iluminaba todo. A la luz de aquel astro aldeano, el pueblo, en primera impresión, parecía irreal, fantasmagórico. Pero mirando con mayor atención se percibía que, bajo su sacerdocio, emergían con mayor nitidez las paredes de piedra, la verticalidad enaltecida. Una luminosidad llena de estaño definía los muros de la iglesia, la hiedra vehemente, el relieve de las armas, las zarzas extendidas como una afirmación. Sólo la luna habitaba aquel lugar. En la lucidez del insomnio, pronto advertí que Cortiguera era el refugio secreto de un astro que amaba la soledad por encima de cualquier paisaje. La luna, dueña de zarzas y palacios, llenaba los lugares recónditos de tenue claridad.

Pero había algo más. Aquella luz plateada que se había apoderado de piedras y caminos escondía algo así como unos labios múltiples, unas ubres ubérrimas que amamantaban los muros y la hierba, las tejas no caídas y hasta el espectro de lo fantasmal.

Ese era el secreto del escenario desolado.

A pesar de la engañosa sensación de ruina y abandono, en realidad Cortiguera no era sino un pueblo poseído y alimentado por el hálito lunar.

SEGUNDO DÍA

Tuvo lugar el desayuno en el figón del mesonero. Andaba algo taciturno en aquella hora tan temprana, poco locuaz y hópito. Rastro no había de su hija, aunque sí del fulgor de su recuerdo. Recogimos las máquinas, echamos una última ojeada a las grandes casonas del pueblo e iniciamos la diaria liturgia del esfuerzo. Antes de comenzar la subida de Dobro, una mirada a Cortiguera nos permitió comprobar que estaba envuelto en la neblina. Abandonado por la luz de la luna, parecía a punto de derrumbarse por completo. Sólo le sostenía una urdimbre de hilos plateados, apenas perceptibles, que, como savia nostálgica de resurrección, trataba de alimentar las tejas solitarias y los muros erguidos.

Primeros soplos y aspavientos. Es preciso subir desde la vega a los páramos. Vueltas y revueltas en el alto de Dobro. Un ciclista verdoso fue sobrepasado. No se puede sospechar desde la paramera que, a muy pocos kilómetros, se abre paso entre las rocas, con su lengua de fuego, un caudal incendiado. En la plaza de **Dobro** una fuente agoniza. Mujer de edad oscurecida, vestida de domingo (un chal rosáceo en los hombros), miraba semiculta detrás de los visillos. Escrutaba un punto indefinido del día, el cristal, el paisaje o el tiempo vivido. ¿Acaso un beso, un hijo, una explosión de júbilo? Las pupilas examinaban implacables el trazo del olvido.

En el tramo que recorrimos de la carretera comarcal alguien ha puesto signos extraños que parecían ser órganos megalíticos o modernas composiciones rupestres a base de estalagmitas. Después nos enteramos de que son hitos de poliéster ideados por un escultor burgalés. A poco de tomar la desviación de Escóbados de Arriba, un pájaro muerto en medio de la carretera añadía un tinte dramático al paisaje del páramo. El valle se abre prontamente, una vez que se presente la miel de las abejas.

En **Escóbados de Abajo** hay dos templos notables. El más antiguo, dedicado a Nuestra Señora de la Oliva, goza de tejazoz y fábrica románica. Una restauración reciente le proporciona belleza diáfana. Su nave única, ya limpia de cal, muestra la fúlgida hermosura de la piedra desnuda.

Armonía total en bóvedas. Un óculo, inscrito en un cuadrado extraordinariamente decorado, acapara toda la luz del día. Retablo de talla completa aquel ámbito equilibrado. La iglesia más moderna, del siglo XV, posee un perfil muy vistoso, pero se halla en estado de abandono. Retablos que parecen caerse, grieta profunda, atrio desolado, incuria general. Son piedras ilustres que se están muriendo entre el último resplandor de la belleza y la lenta ceniza del olvido.

Los nombres que se pueden encontrar en este valle llamado de Caderechas no pueden ser más eufónicos: Aguas Cándidas, Hozabejas, Huéspeda, Bentretea. En **Hozabejas** se abre un valle íntimo y abrigado. Multitud de árboles frutales alegran este pequeño paraíso. Abejas también hay, atraídas por el dulzor de las cerezas y los azúcares del beso. Pueblos mínimos e iglesias deslumbrantes han sido sembrados en este país desconocido.

Si la tentación femenina se localiza en la boca entreabierta, el pecado de la carnalidad frutal radica en la cereza, labio siempre encendido. A ambos lados de la carretera, múltiples árboles ofrecían sus frutos prohibidos. Eran labios carnosos, rojos, tentadores. Dejamos las máquinas en la cuneta y nos fuimos al asalto de aquel carmín tan atractivo. Frutos cuajados y redondos se ofrecían como beso frutal, como suave caricia de una boca madura. Celebración ruidosa del manjar. Las abejas, sabias en azúcares, habían descubierto el paraíso.

En **Salas de Bureba** el adobe se insinúa. Cabañas derruidas. El sueño incipiente de la arcilla preanuncia la llegada de la otra Castilla, la de la tapia de adobe y el surco labrantío. Vimos junto a la iglesia una especie de gigantesco caserón con aspecto de haber sido palacio algún día. Humildad y soberbia se mezclaba en su apariencia, y en sus muros, piedra y ladrillo. El tiempo, con sus afanes democráticos, había acabado igualándolo todo.

No tuvo la comida en Salas la calidad de otras celebraciones. El sol, ya implacable, definía volúmenes. Era la sombra codiciado refugio. Sobremesa bajo un soportal imaginario. Se hablaba en ciertas mesas de ninfas y de cúpulas, de siluetas y andares, de grandes castillos de ensoñación y aire. Alguien narra una historia de amor apasionado entre una muchacha que al andar alborotaba palomares y un mancebo soñador que imaginaba arcoiris sobre las catedrales.

Repaso de los mapas, reparación de neumáticos, ajuste de sillines, aderezo de máquinas. En algún lugar de los relojes dieron cinco campanadas en la tarde.

En **Vileña** buscábamos un monasterio femenino. Ciertas mujeres que cosían al sol nos informaron que su techumbre se quemó hacía muchos años y que sólo podían contemplarse los altos muros de la nostalgia y el olvido.

Llegamos a **Briviesca** por la carretera donde se asientan las plantas industriales. Gran cerco de nuevas edificaciones parecía haberse levantado alrededor del casco antiguo. Recorrimos sus calles en busca de hospedaje. Junto a la plaza mayor nos estaba esperando un hostel agradable, lleno de palomas y vencejos. Nos acogieron dos damas otoñales. Una de ellas era grácil de andares y plumaje. La otra acumulaba mucho vuelo en sus alas. Ambas eran extremadamente rumorosas y alegres. La menor exhibía sonrisa dilatada y talle más fugaz, aunque no libre de la servidumbre de los años. La mayor poseía un verbo sutil en las respuestas y una benevolencia de matrona que ha agostado sus encantos. Reía con frecuencia, pero en su risa sonora se escondía algo de gorjeo postrimero, un delicado tintineo de campanillas que se apagan.

Breve recorrido por plazas y calles. Muros del monasterio de Santa Clara. Balcones, visillos y ventanas. Iglesia de Santa María. Estaban las luces apagándose. En el interior del templo, la penumbra ya casi se había apoderado de la arquitectura. Sobre hábito eclesiástico, un cabello plateado refulgía. Nos fuimos acercando, a la búsqueda de explicación y doctrina. Las palabras del clérigo, talladas a cincel, surgían undosas y prismáticas bajo la cúpula dormida. Era una delicia inesperada oír aquel castellano tan magníficamente dicho e hilvanado. En los primeros bancos del crucero escuchábamos, como discípulos absortos, la lección del sacerdote apologético. Del contenido artístico pasó a glosar el esplendor pasado. Con voz enfebrecida, desplegabla la mirada por las naves vacías de la iglesia e imaginaba una Castilla llena de grandes mesnadas y poderosos ejércitos, de trompetas y júbilo, de amanuenses que escribían con dedos ateridos, de maestros canteros que sentían nacer entre sus manos temblor de catedrales. Todo esto era Castilla en el sueño del clérigo de palabra justa y esculpida. Su cabello, cansado por la turbulencia, seguía refulgiendo en la penumbra del templo. Hablaba de riquezas pasadas, del esplendor de las salinas, del tiempo que pasó de párroco en Poza de la Sal y levantó museo. Cinco discípulos absortos le miraban y aplaudían, mientras una penumbra desmayada recubría las bóvedas antiguas.

Era el clérigo más sabio en rememoraciones que en el arte de aconsejar un lugar para deleites. Cenamos de modo muy mediocre, pero lo elevado de la cuenta nos obligó a ejercitarnos en la disciplina de las reclamaciones.

Lento paseo por la medianoche. En la plaza mayor, junto al templete vacío de la música, desgranamos suavemente signos y palabras alrededor de una copa de brandy.

Cuando llegamos al hostel, una muchacha joven ocupaba el vestíbulo de huéspedes. Su rostro declaraba ser hija de una de las damas otoñales. Vimos en sus ojos y hermosura una reproducción reverdecida de pasados esplendores.

TERCER DÍA

Desde la ventana del hostel, ya en el alba, se veían palomas. Era un tráfico incesante de alas y zureos, de pájaros como barcos. Se posaban sobre las tejas próximas y se quedaban mirando, con ojos de pizarra, lo que sucedía detrás de las ventanas. Como los políticos, son aves expertas en auscultar lo que acontece, pero siempre desde lo más alto. Nunca penetran en una habitación doméstica, en el ámbito de lo cotidiano. Si se posan sobre lo más nimio, en una acera pública o en la vasta soledad de algunas plazas, sólo lo hacen de modo casi ornamental. Después de capturar la migaja de pan o el grano de maíz inflado, remontan el vuelo hasta la altura. Lo único que dejan sobre el suelo son los excrementos. Y en los tejados, las luces manchadas y las canales rotas.

Primer paseo por la luz de la mañana. Grandes palacios dormidos, fachadas de mucho balconaje y sillería. Un bullicio incipiente animaba las calles: puertas, transeúntes y motores. El templete vacío atraía nostalgias musicales. Guiados por un dedo luminoso, nos acercamos a Santa Clara. Esbeltez del gótico flamígero. Parpadeo de estrellas en la bóveda, que atrapa inmediatamente la atención por su belleza y laberinto. El retablo de Pedro López Gamiz, de perfección suprema, desata los asombros.

Salimos de Briviesca con una luz manchada de ceniza. Surco y páramo. Rastrojos con incendios contenidos. La iglesia de **Quintanabureba** se asienta al final de magnífica escalera de piedra. Alguna losa de granito se ha desencajado ya, pero el conjunto muestra robustez muy sólida. Enmarcado en bella mazonería, espléndido retablo de tabla, del siglo XVI.



Iglesia de Bureba

Desde Quintanabureba a Rojas, más rastrojos extendidos. De vez en cuando, un árbol, lámina solitaria. Se pasa por **Piernigas**, que es pueblo con ermita del siglo XIII y nombre entre atmosférico y fugitivo. En **Rojas** admiramos una iglesia de transición, con paredes y bóvedas desnudas, y otro retablo de pintura, tan interesante como el anterior. Tiene de curioso el templo que, de las dos portadas que posee, la más interesante, la románica, está situada dentro.

Lences también tiene portada románica, aunque algo escondida. En una de sus arquivoltas, una vasta fauna de figuras dialoga, conversa, se pregunta por los tiempos aquesos de tanta confusión y frío.

Para llegar a **Poza de la Sal** es preciso gastar las energías últimas en subir un repecho asesino. Luego se desemboca en una plaza abierta sobre el valle. Bóveda de hojas cubre parcialmente de sombra la superficie preferida por Andrea Navagero, en la que un templete de música se alza melancólico, quizás para improvisar composiciones con pájaros y viento. La iglesia, amplia y esbelta, posee muchísimo interés en piedras y retablos.

Entre ojeadas a los nombres ilustres, el tiempo había ido pasando. Hora era de atender necesidades aparentemente primarias. Dado que los fondos aportados conocían sus últimos guarismos, hacíase forzoso comer de modo más humilde aunque no menos sabroso. Compramos las viandas en un estrecho cuchitril situado junto al templo. La tendera, pálida y reseca, examinaba con sus ojos de lumbre a los recién llegados. Brillaban las pupilas habituadas al cálculo. Su voz, aparentemente neutra, destilaba en el eco resonancias metálicas. Al pedirle un poco de sal, nos respondió que sólo vendía paquetes enteros. Al rogar que nos prestara un abrelatas, dijo que tal artículo no se dejaba sino que se vendía. Hízonos comprar vasos de plástico, botellas de cristal y hasta un cuchillo. Cuando llegó la hora de sumar, una expresión de goce súbito transfiguró su



Tejados de la Poza de la Sal

mos dando cuenta, en buena paz, humor y armonía, de todas las viandas. Algo ruidosa debió ser en algunos instantes la celebración, pues se espantaron pájaros. Quizá los que estaban posados en la sombra, atentos tan sólo a melodías de templete y viento. El paisaje, lento y amarillo, dormitaba. Una luz sofocante aplanaba las aristas. Ajenos al discurso gastronómico, cierto grupo de jóvenes cercanos, enfrascados en sus propias menudencias, desgranaba frivolidades. Cultura gestual del aspaviento: gritos, gestos y poses. Bajo el artesonado de las hojas, la tarde movía lentamente sus caudales: siesta, café, juego de naipes. Poco a poco iban bajando las siluetas a tomar posesión de su puesto en la mesa. Mientras tanto, fuera de la plaza, se incendiaba el paisaje.

El sopor de la tarde nos condujo a **Cástil de Lences**. Cástil o Castil. Tiene importancia el subrayar cómo se pronuncia, pues la colocación del acento orienta el haz de sugerencias. Castillo de lanzas o cástil de breve lencería. Puede ser fortaleza de armas encendidas, al que falta una almena, o, si el castillo se rompe en alguna de sus sílabas, la fortaleza se vuelve de pronto sutil y femenina, adentrándose en el juego de la intimidad no combativa.

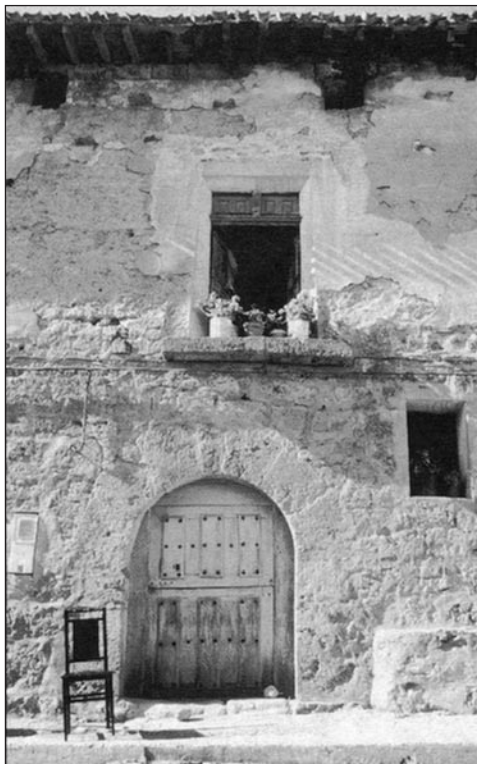
También en Cástil el monasterio es femenino. Está habitado por hermanas clarisas y se llama de la Asunción. Dado el pudor de la clausura, no pudimos admirar las interioridades góticas del claustro ni la austeridad de celdas, pero sí nos fue dado deleitarnos con la frescura de un gran caudal de agua que brota de los muros. Había otra sorpresa más. Ya dentro de la iglesia conventual, nos sorprendió la música de un órgano. Muy pronto nos sentamos en los últimos bancos, aquellos que ya tocan las rejas clausurales. De espaldas a nosotros, una dama no conocida interpretaba, con cierta vehemencia, melodías de Bach. En el fragor agosteño de la tarde, aquello podía recibirse como extremo de deleite en todos los sentidos: el frescor y la sombra, el descanso inesperado, el fluir del órgano. Grandes aplausos al acabar la partitura. Sorpresa de la intérprete. Breve intercambio de palabras. Recital con nuevos bríos. Aplausos renovados. Dulzor de los motetes bajo la arquitectura.

Acabado el concierto, un moral levantado en el atrio mostraba sus frutos eclesíasticos. Un grupo de niñas quinceañeras nos enseñó la iglesia del pueblo, mas los frutos del moral, rojos labios de mujer, moras adolescentes de amor y deseo, ardían como versos. Apuntes de diálogo bajo las arquivoltas. La tarde, llena de parsimonia, ofrecía cobijo y cláusulas de tiempo. Los frutos del moral se habían convertido en besos de romance imaginario, llenos de avidez algo otoñal y ribetes de deseo. El contrapunto frugal de las adolescentes trazó un garabato abstracto bajo el tímpano secreto.

Caminábamos hacia Abajas cuando, en el sopor del recorrido, se suscitó un debate. Se discutía, entre frecuentes carcajadas, sobre la necesidad de un proyecto de glosa y alabanza del sillín de muelles, así como una loa a la conveniencia de la ensalivación circular para predicadores.

rostro. Hizo las operaciones con una fruición tan grande y un placer tan intenso que no fue dificultoso deducir que aquel acto aritmético era el único importante de su vida. La suma, no la multiplicación. Pues atesoraba una avaricia tan mezquina que nunca el acto de multiplicar, tarea reservada para ambiciones más altas, había logrado situarse entre sus hábitos.

Tuvo lugar el almuerzo en la plaza diáfana. Unos, apoyados en el pretil de piedra; otros, sentados sobre bancos metálicos, fuimos



Casa de Castil de Lences

Aunque así pudiera parecer a simple vista, no son asuntos menores o de importancia baladí. Quizás tales materias no hayan merecido mucho espacio en los tratados de los pensadores, pero esta carencia no pone en duda su necesidad acuciante. Es bien sabido que el sillín de muelles amortigua las irregularidades del terreno, se comporta de modo más blando y amable para el coxis y es menos heridor de las anatomías, sobre todo las femeninas. Además, su uso y vigencia está consagrado por el gran mago Fellini, quien en *Amarcord* muestra un amplísimo abanico de modelos y usuarias. Respecto a la conveniencia de la ensalivación circular para mejor riego de oradores, no es preciso hacer una alabanza específica sino recordar al célebre pionero de tal arte. Fue D. Primitivo León, cura párroco de un pueblo de Castilla. En pláticas de homilía o en rezos de rosario unía, al vértigo de la ensalivación, una merma notable de la longitud de palabras y oraciones, con lo cual se acortaba de manera sensible la duración de la liturgia. Este último extremo era agradecido sobremedida por la comunidad.

La iglesia románica de **Abajas** hallase situada, en antítesis locativa respecto al nombre del lugar, en un alto señero que, a manera de púlpito, domina todo el pueblo. Geometría de la teja no desmemoriada. Figuras y tejados. Una restauración aparatosa, con mucho ruido de motor y vocerío de operarios, impedía gozar del interior del templo, aunque, en el ábside, fronda y rumor de capiteles podía adivinarse.

Cernégula es el país donde ciernen las leyendas y da fruto el hechizo. Todo tiene lugar alrededor de una charca mágica que besa con su orilla plateada el límite del pueblo. Luz de mediatarde iluminaba el perímetro del agua. Nadie había bañándose, salvo una niña pequeña, celosamente vigilada por su madre. A medida que nos íbamos acercando, una sarta de ranas, sorprendidas en mitad de la siesta, se lanzaba precipitadamente al agua. Nada hacía presagiar, en aquella hora plácida de la tarde, el cúmulo de transformaciones que habrían de tener lugar más allá de medianoche.

Apenas acabaron de sonar las doce campanadas, Cernégula se convirtió en teatro de aque-larres y delirios. Una luna litúrgica apareció como sacerdotisa. Las ranas apostadas en el límite de la charca recobraron su figura inicial de doncellas raptadas y vírgenes desvalidas. Alguna se convirtió, inesperadamente, en princesa lozana y atrevida. Como si fuera un arcoiris, un duende mefítico apareció de pronto entre los aires. Lleno de múltiples colores, iba hilvanando cabriolas alrededor de las figuras, besando sus vestidos, explorando de manera grotesca las siluetas. En un momento dado de la farsa y sin que nadie pudiera predecirlo, se llevó de la mano a una princesa. Luego llegó un tropel de caballeros. Borceguíes usados y capas muy raídas. También traían gran séquito de lámparas y risas. Con pasos sigilosos se fueron acercando a las doncellas y las raptaron una a una. Avidas de gozo, algunas volaron por los aires. Otras fueron arrastradas por el légamo. Amparadas en la confusión y estruendo, sólo unas pocas pudieron escaparse. Vagan hoy por círculos etéreos, alimentando el ansia de belleza total y el manantial del sueño.

Vimos otras charcas camino de Quintanaloma, pero ninguna tenía las dimensiones de la de Cernégula, ni había sido distinguida con su poder transformador. Páramos altos. Paisaje desolado. La ruta iba quemando ya sus últimos sarmientos. Desde la distancia, la iglesia de Quintanaloma parece un gran pájaro acurrucado. Ya antes de llegar al pueblo, el río Moradillo, breve, fugaz, inexistente, va labrando un valle mínimo.

Últimos esfuerzos en la cuesta de **Moradillo de Sedano**. La joya de la iglesia, de notable riqueza escultórica, bien lo merece. Tímpano esplendoroso, con la figura del Pantocrátor bendiciendo olmos arruinados en el valle. Apretados como en una celebración, copiosa fauna de figuras en las arquivoltas. Una columna en zigzag se alza como sierpe hasta llegar a un capitel invadido por las hojas de acanto.

Pasamos rápidamente por **Sedano**, sin apenas detenernos a contar el número de hidalgos y casas con escudo. Tampoco quisimos pararnos a saludar a un ilustre novelista por allí afincado, ya que no tuvo a bien decirnos si está vivo, si recibe, si desea diálogo. Aunque a hurtadillas, sí apreciamos la noble presencia de la piedra y la geometría de los huertos.

El tiempo se acababa. La luz se iba colgando ya de las cornisas. El cansancio de cuatro días se acumulaba de pronto en cerebros y músculos. En Covanera, la despedida no tuvo el aire festivo del encuentro, pero iba la memoria repleta de sensaciones, imágenes y recuerdos.

No dijimos adiós cuando en el borde del cielo ya se estaba insinuando el brillo de la luna. Nueva página se preparaba de aquellarre y vértigo.

Pascual Izquierdo